

## CAPÍTULO IV

# Jesús

J. M. BLÁZQUEZ

### FUENTES JUDÍAS

Los escritores no cristianos mencionan a Jesús, pero dan muy pocos datos sobre su figura. Por orden cronológico, son los siguientes: el historiador judío Flavio Josefo, que presencié la destrucción de Jerusalén y «profetizó» al entonces general Vespasiano que sería emperador. Josefo procedía de una familia sacerdotal importante; y durante algún tiempo militó entre los fariseos. De pasada menciona a Jesús en sus *Antigüedades judías*, obra publicada hacia el año 90. El texto más largo dice así:

Por esta época vivió Jesús, un hombre excepcional, ya que llevaba a cabo cosas prodigiosas. Maestro de personas que estaban totalmente dispuestas a prestar buena acogida a las doctrinas de buena ley, conquista a muchos entre los judíos e incluso entre los helenos. Éste era el Cristo. Cuando, al ser denunciado por nuestros notables, Pilato lo condenó a la cruz; los que le habían dado su afecto al principio no dejaron de amarlo, ya que se les había aparecido al tercer día, viviendo de nuevo, tal como habían declarado los divinos profetas, así como otras mil maravillas a propósito de él. Todavía en nuestros días no se ha secado el linaje de los que por su causa reciben el nombre de cristianos.

Este texto ha sido muy controvertido. Algunos investigadores lo creen interpolado en todo o en parte por autores cristianos. La tendencia moderna es a aceptarlo como auténtico. Está en todos los manuscritos de Josefo, que son bastantes. Las variaciones son de poca monta y no alteran el sentido del párrafo. Se encuentra en todas las traducciones, griega, latina, árabe y siríaca. El estilo es de Josefo. El texto debe recoger sólo las creencias de los seguidores de Cristo.

En un segundo texto (*Ant.* 20,9.1) afirma el historiador judío:

Anás [...] convocó a los jueces del Sanedrín y condujo ante ellos al hermano de Jesús, llamado Cristo, su nombre era Santiago y a algunos otros. Los acusó de haber violado la ley y los entregó para que los lapidaran.

El Talmud babilónico dice así:

En la víspera de la Pascua fue colgado Jeshu. Durante cuarenta días antes de que sucediera la ejecución, salió un heraldo y gritó: «Sale fuera para ser lapidado porque ha practicado la hechicería y ha incitado a Israel a la apostasía. Todo el que pueda alegar algo en su favor, que se presente y abogue por él.» Pero como nada se presentó a su favor, fue colgado en la víspera de la Pascua [...]. Ulla replicó: «¿Suponéis que era alguien por quien se pudiera formular una defensa? ¿Acaso no era un Mesith (embaucador), acerca del que dice la escritura: no lo perdonarás, ni lo ocultarás?» En el caso de Yeshu, sin embargo, era distinto, porque se relacionaba con el gobierno. Nuestros rabinos enseñaron: Yeshu tenía cinco discípulos: Matthai, Nakai, Nezer, Buní y Todah.

Jesús es retratado aquí como un mago, como un agitador político y un seductor, lo que justificaría la condena. Los rabinos no negaban que Jesús hubiera hecho prodigios, pero los consideraban signos de hechicería, como sucedió en tiempos de Jesús (Mc 3,22; Mt 9,34; 12,24).

En el mismo Talmud babilónico, en la escena del Sanedrín, se menciona de pasada a Jesús: «[...] Gehasi [...] que rechazó a Jesús (el nazareno) con ambas manos.»

Estos textos prueban, al menos, la existencia de Jesús de Nazaret como personaje histórico.

## HISTORIADORES ROMANOS

### *Plinio*

El primer autor romano pagano que menciona a Jesús es Plinio el Joven (63-113 d.C.), gobernador de Bitinia desde el año 111 hasta el año 113, fue gran amigo de Trajano y defendió a los habitantes de la Bética contra los malos administradores, Bebio Massa (año 93), Mario Prisco (año 99-100) y Cecilio Classico (año 101). Consultó a su amigo el emperador sobre el modo de tratar a los cristianos. Plinio afirma que los cristianos, en sus reuniones nocturnas, entonaban himnos a Cristo, a quien consideraban «como si fuera un Dios». La fuente de información eran dos esclavas a las que habían dado tormento.

### *Tácito*

Fue uno de los grandes historiadores de Roma (61-117). Fue senador, cónsul y procónsul. Escribió las *Historias* y los *Anales*. En esta última obra (*Ann.* 15,44) se refiere a Jesús cuando relata el incendio de Roma, que Nerón atribuye a los cristianos. Dice Tácito:

Cristo, de quien los cristianos traen su origen, había sufrido la pena de muerte durante el reinado de Tiberio, por una sentencia del procurador Poncio Pilato.

## Hadriano

De este emperador, nacido en Itálica, se conserva una carta dirigida al gobernador de la provincia de Asia Menor, donde indica el comportamiento a seguir con los cristianos. En la carta, que llegó a manos de Minucio Fundano, se menciona a los creyentes en Cristo.

## Suetonio

Fue el autor de la *Vida de los Césares*. En la *Vida de Claudio* se lee: «Como los judíos provocaban continuos tumultos por instigación de Chrestus, los expulsó de Roma.» Se admite que Chrestus es Cristo, según en testimonio de Tertuliano (*Apol.* 3) que se refiere a la inadecuada pronunciación de la palabra cristiano en boca de los emperadores romanos.

Las noticias sobre Jesús en los historiadores son escasas. No tuvieron interés alguno en la figura del fundador del cristianismo. La aparición del cristianismo no fue considerada un hecho de importancia digno de ser recogido en los libros de historia. Pero dichas noticias marginales sirven para confirmar la existencia del Jesús histórico.

Sólo el Nuevo Testamento aporta datos fidedignos sobre la figura de Jesús, merced al carácter teológico-simbólico, siguiendo a J. Peláez, que recientemente ha realizado una interesante síntesis sobre este problema. Los evangelios no son libros de historia, en el sentido pleno que se da a esta palabra, sino escritos a la ley del creyente, que ve en Jesús al hombre y al Cristo resucitado. Se da, como escribe J. Peláez, de un modo indisoluble la historia y la interpretación del creyente. Los evangelios se sitúan al final de un proceso largo de redacción.

## LOS ORÍGENES

El nombre de Jesús en hebreo es Yesua, Yosua o Yehoma, con significado de «Yahvé salvó». Marcos y Lucas le llaman Jesús el Nazareno, o simplemente el Nazareno, en alusión al lugar de Galilea donde vivieron sus padres y donde él mismo pasó su infancia. Para otros investigadores el segundo epíteto significa «retoño de David».

Mateo y Lucas afirman que Jesús nació en Belén; pues en esta ciudad, según anunció el profeta Miqueas, nacería el Mesías.

## EL LUGAR DE NACIMIENTO

No está totalmente claro en los evangelios. En opinión de Lucas, los padres de Jesús se trasladaron a Belén con ocasión del censo ordenado por Augusto. De tal censo general no hay constancia por otras fuentes. El gobernador Quirino ordenó, en el año 6, un censo en Judea, pero éste no puede ser el aludido por Lucas. Después del nacimiento de Jesús, sus padres volvieron a Nazaret. Los padres, al parecer, vivían en Belén antes de la

huida a Egipto, y después se instalaron en Nazaret, por miedo a Arquelao, que reinaba en Judea. En el Evangelio de Juan se dice que la gente creía que Jesús era de Galilea. La cita de Belén como lugar de nacimiento de Jesús podría deberse a la creencia de los cristianos primitivos de que Jesús era el verdadero Mesías. Las descripciones de Mateo y de Lucas sobre la forma que Jesús fue concebido tienen un fuerte sentido teológico. Mateo y Juan mencionan al padre de Jesús. Jesús nació, según Mateo y Lucas, antes de la muerte de Herodes el Grande, acaecida en el año 4 a.C. Los evangelios sólo relatan un episodio de la infancia y juventud de Jesús, el del templo entre los doctores.

#### LA FAMILIA DE JESÚS

Jesús tenía cuatro hermanos (José, Judas, Simón y Santiago) y dos hermanas. Su padre era carpintero, y quizá también Jesús. Justino (*Dial.* 88) dice que hacía yugos y arados. La familia se tenía por descendiente de David; así lo creyeron los sinópticos (Mateo y Lucas) y varias confesiones de fe del cristianismo primitivo.

La familia se mantuvo al margen de la actividad pública de Jesús, según Mateo. Juan es aún más explícito. El problema de los hermanos de Jesús se lo planteó ya la Iglesia primitiva. Helvidio, hacia el año 380, afirma que tales hermanos de Jesús eran hermanos carnales. Epifanio, en el año 382, defendió que eran hijos de la primera esposa de José. Jerónimo en el año 383 cree que son primos de Jesús, aunque la palabra utilizada en el Nuevo Testamento, *adelphos*, indica sin duda hermanos carnales.

#### LA LENGUA DE JESÚS

Jesús hablaba el arameo, pero posiblemente entendía el hebreo y el griego.

#### VIDA PÚBLICA DE JESÚS. SUS SEGUIDORES

Lucas sitúa el comienzo de la predicación de Juan en el año 28-29 o en el 27-28, y un año después Jesús comenzó su vida pública.

Jesús fue bautizado por Juan. Durante un periodo imposible de precisar con exactitud Jesús y algunos de sus discípulos pertenecían o frecuentaban el círculo de Juan Bautista. Después Jesús se apartó de aquél.

Jesús tuvo un grupo de seguidores. Unos fueron llamados y otros se unieron voluntariamente. Destacó el grupo de los Doce, número que podría responder a la idea de Jesús de ser él el Mesías de los últimos tiempos.

Jesús predicó a los judíos, principalmente en Galilea. También visitó Jerusalén. La duración de la predicación de Jesús oscila, según los evangelistas, entre uno y tres años.

#### JESÚS Y LA MUJER

La actitud de Jesús respecto a las mujeres fue avanzada si tenemos en cuenta la mentalidad de su tiempo. No rehuyó el trato con mujeres pecadoras (Lc 7,36-50) y en general con mujeres (Lc 10,38-41; Jn 4,1-28). Aceptó sus servicios (Lc 8,1-3; Mt 27,55-

56; Jn 19,25); alabó su fe y su generosidad (Lc 7,50; 8,48; 21,1-4; Mt 15,28; 26,10-13); las hace protagonistas de sus milagros y parábolas (Lc 7,12; 8,43-55; 13,10-13; 15,8-16; etcétera). Jesús amó a mujeres (Jn 11,5).

#### LA ÚLTIMA CENA, PASIÓN Y MUERTE

Es difícil de precisar los acontecimientos por el carácter teológico de la narración de los evangelistas.

Los sinópticos indican que la última cena de Jesús fue Pascual, y Juan dice que no. Marcos se refiere a los preparativos de la Pascua. En Lucas el carácter pascual de la cena de Cristo es claro. Marcos sugiere que los sacerdotes querían la muerte de Jesús, antes de la fiesta de la Pascua. En Marcos faltan alusiones más claras al ritual de la cena; por lo tanto, muestra la misma opinión que Juan.

Es un dato posiblemente histórico que Jesús fue traicionado por uno de los suyos.

#### LA CONDENA DE JESÚS

Jesús fue condenado sin pruebas por el procurador Poncio Pilato. Los dirigentes judíos urdieron el proceso de Jesús, buscando argumentos de todo tipo para acusarlo. Era fácil atribuir un carácter político a hechos tales como la entrada de Jesús en Jerusalén o la expulsión de los mercaderes del templo. Jesús, en realidad, no encabeza un movimiento político, sino una conversión radical.

Jesús fue crucificado por orden de Pilato por motivos políticos, como un agitador. A tal decisión no fue ajena la autoproclamación como «rey de los judíos». La crucifixión era una forma de ejecución capital propia de esclavos y de criminales. No se podía aplicar a ciudadanos romanos. La tradición cristiana atribuye a los judíos toda la responsabilidad de los hechos que condujeron finalmente a Jesús a la cruz, aunque el verdadero responsable de la muerte, en última instancia, fue el procurador romano.

Jesús fue condenado un viernes de la semana de Pascua. Según los sinópticos era viernes 15 de Nisán, fecha que plantea un problema, ya que los judíos difícilmente habrían aceptado un proceso y una ejecución en día tan señalado. Juan es el único que da la fecha, o sea el 14 de Nisán. No se ha propuesto ninguna solución a este problema. Se ha pensado que los evangelistas siguieron dos calendarios distintos, pero esto no soluciona la cuestión. Es más probable que la fecha dada por Juan sea la exacta, pues no es lógico pensar que la ejecución se llevase a cabo durante la celebración de la fiesta judía más importante.

También existen dudas sobre el año preciso de la muerte de Jesús. Debió acaecer en torno al año 30. La ejecución de una sentencia capital y la sepultura estaban prohibidas en sábado o en día de fiesta. Jesús fue enterrado en un sepulcro excavado en la roca, después de haber sido perfumado el cadáver.

#### INTERPRETACIONES SOBRE LA FIGURA DE JESÚS

J. Trebolle ha recogido recientemente las diferentes interpretaciones que se han dado sobre la figura de Jesús: un mesías apocalíptico (A. Schweitzer); un gran maestro de una ética elevada, muy alejada de la apocalíptica (liberalismo teológico del si-

glo XIX); un rabino o profeta (Bultmann); el profeta-mesías y siervo-sufriente del Segundo Isaías (W. Manson, V. Taylor, Dodd, Cullmann, Kümmel); un esenio (Flusser); Maestro de Justicia al estilo esenio (Allegro); un zelota o revolucionario político (Reimarus, Brandon, Carmichael); un zelota para quien el Reino de Dios sería establecido por intervención divina (Bartsch); un pacifista (G. Edwards, A. Trocmé); un personaje alejado de las corrientes zelotas (F. Halm); un mago (Morton Smith); un carismático galileo, y a su vez un justo (Vermes). Opiniones a las que cabe añadir: un loco o payaso (H. Cox y A. Holl); alguien que intentó dismantelar la cultura en que nació y por eso es un genio (Ida Magli); no un sacerdote ni un revolucionario político, ni monje aseta ni moralista piadoso, sino un provocador en todos los sentidos (H. Küng).

Recientemente J. D. Crossan ha interpretado a Jesús como un campesino judío, que anuncia un programa revolucionario fundado en el igualitarismo religioso y económico; que elimina toda jerarquía y las discriminaciones de religión, cultura, sexo, y situación política; y cuya revolución no es de carácter político. Crossan se opone a la opinión de Bultmann y cree que es posible reconstruir la figura histórica de Jesús.

El mensaje de Jesús, encaminado a favorecer a la escoria de la sociedad judía, a los pobres, a los marginados y a los enfermos, estaba en sintonía con los grandes profetas de Israel. Jesús luchó contra la religión oficial y anuncia el fin del templo y de las instituciones. No fundó una escuela, a modo de aquellas de los rabinos, ni escribió nada. No fue un revolucionario político; tampoco encaja plenamente entre los apocalípticos al no tener visiones, aunque muchos aspectos de sus mensajes son ciertamente apocalípticos.

#### LA PREDICACIÓN DE JESÚS DEL REINO DE DIOS

Jesús predicaba la proximidad del Reino de Dios (Mc 1,14-15), comenzando por Galilea, y, junto a esta idea, la esperanza mesiánica escatológica se va a convertir en una realidad. El plazo se había cumplido ya. Jesús explicó el contenido del Reino de Dios mediante parábolas fácilmente comprensibles para todos. Son ficciones que aluden a la vida cotidiana.

Las parábolas anuncian la llegada del Reino de Dios en el presente. No da un corte en la historia, sino que lo hace de forma casi imperceptible. Crece por obra de Dios, y su venida es un acontecimiento insignificante. Para entrar en este reino hay que renunciar a la soberbia. Jesús predica el comienzo del Reino de Dios, y no sólo con parábolas, sino también con sentencias proféticas y escatológicas, como la respuesta —basada en un texto de Isaías— que da a los enviados de Juan Bautista: «Id a informar a Juan de lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres reciben la buena noticia»; o bien la proclamación de que el Reino de Dios ha llegado tras la exhibición de arrojar a los demonios «con la fuerza de Dios»; o la respuesta de Jesús a unos fariseos en el sentido que la llegada del Reino de Dios no estaba sujeta a cálculos.

El programa del Reino de Dios se anuncia en las Bienaventuranzas.

#### LAS COMUNIDADES CRISTIANAS PRIMITIVAS

Jesús no fundó ninguna Iglesia. El mensaje de Jesús es la causa de la fundación de las comunidades cristianas primitivas.

Los seguidores de Jesús se constituyeron en secta judía. En este aspecto desempeña un importante papel la creencia de los primitivos seguidores en la resurrección de Jesús.

A partir de ese momento comenzaron a ordenar y a organizar las palabras y las enseñanzas de Jesús.

Lucas llama a la comunidad de Jerusalén judeo-creyentes, fieles a la mentalidad nacionalista. En Marcos aparece la distinción de dos grupos: por una parte, los discípulos de Jesús procedentes del judaísmo, y un segundo grupo de aquellos que no procedían de Israel, fuesen o no judíos. Unos eran circuncidados; los otros, gentiles. Y a su vez ambos grupos se distinguen de los no creyentes, ya fueran judíos o paganos.

En los Hechos de los Apóstoles aparecen el grupo de los Once, y el de los Siete al frente de la comunidad helenística.

#### LAS COMUNIDADES DE JERUSALÉN Y DE ANTIOQUÍA

Las fuentes para el conocimiento de estas comunidades primitivas proceden de los Hechos de los Apóstoles y de las Cartas y del Apocalipsis de Juan.

En Jerusalén, entre los años 30-50 gobernaban la comunidad un triunvirato formado por Pedro, Juan y Santiago, el hermano del Señor. Pedro debió abandonar Jerusalén, adonde regresó luego con motivo de la Asamblea que trató el dilema judaísmo-cristianismo. Juan se marchó a predicar. Hacia los años 50, Santiago estaba al frente de la comunidad de Jerusalén. Murió asesinado en el año 62 por el sumo sacerdote Anás. De su muerte habla el historiador Josefo (*Bello* 4,318-319 y 323).

Muerto Santiago, quedaron al frente de la iglesia de Jerusalén los hermanos de Jesús, al menos hasta la guerra judía, momento en que, al parecer, se trasladan a Pella. Esta comunidad no tuvo una teología unitaria.

Para Lucas, la iglesia de Jerusalén es la precursora de la de Antioquía, ciudad donde los creyentes en Jesús se denominaron cristianos. Los judeo-creyentes de Jerusalén continuaron con las prácticas judías, como la circuncisión, el culto en el templo, la oración y la prohibición de ingerir determinados alimentos. Tenían conciencia de la posesión del Espíritu. Pronto esta comunidad se reorganizó. Se practicaba el bautismo en nombre de Jesús. El bautismo era la condición para recibir el Espíritu, y los que lo recibían quedaban marcados como propiedad del Señor. Se practicaba el banquete comunitario. Los bienes también eran comunes.

Poco a poco esta comunidad se separó del judaísmo. Estos judeo-creyentes no eran plenamente cristianos.

#### LOS HELENISTAS

En Jerusalén existía una segunda comunidad, integrada por los helenistas o judíos que hablaban el griego. Éstos chocaron con los de lengua hebrea, que desatendían a las viudas de los primeros. Los Doce son los representantes de toda la comunidad. Éstos pidieron que se eligiera entre los helenistas a siete varones que se dedicaran a la tarea asistencial. Todos los elegidos eran griegos. El primero de ellos se llamaba Esteban.

Los helenistas se enfrentaron a las sinagogas judías de la diáspora, por la actuación de Esteban, que criticaba Moisés, es decir, la encarnación de la ley sagrada. Fue acusado de blasfemo por atacar al templo y a la ley. El verdadero problema radicaba en

que la ley estaba vigente y no la acataban los cristianos. Esteban fue linchado hacia los años 33-35. Como resultado de tal ejecución, los helenistas de Jerusalén se dispersaron por Judea y por Samaría, salvo los apóstoles. A Samaría marchó Felipe.

El choque entre ambas comunidades se explica fácilmente por el conservadurismo de los creyentes hebreos y por sus pretensiones escatológicas de carácter apocalíptico. Los helenistas tenían ideas más universalistas; pronto se independizaron de los judeo-creyentes.

Los helenistas fundaron la comunidad de Antioquía, no seguían la ley mosaica y tenían como objetivo la conversión de los gentiles. Pablo, Bernabé y otros surgieron de esta comunidad antioquena. Ante la noticia de que en Antioquía existía un acercamiento hacia los griegos, la comunidad de Jerusalén, enterada del asunto por terceros, envía a Antioquía a Bernabé para obtener noticia de primera mano. Bernabé fue muy favorable a la actuación de los helenistas. Bernabé acompañó a Pablo desde Tarso a Antioquía, donde ambos convivieron un año dedicándose a la instrucción y a la predicación. En Antioquía se produjo la ruptura entre cristianismo y judaísmo. La comunidad cristiana se separó de la sinagoga comenzando a dirigir su mensaje a los paganos. Pablo predicó más de dos años en Siria y Cilicia. La fundación de la comunidad de Antioquía data del año 35 aproximadamente. Allí confluían muchas y diferentes gentes e ideologías. El dogma principal de esta comunidad era el anuncio de la cruz y de la resurrección.

Se dio una gran expansión misionera. Para estos años había comunidades cristianas en Jope, en Samaría, en Chipre, en Cirenaica, en Tiro, en Damasco, en Arabia, y en otros lugares.

## EL CONCILIO DE JERUSALÉN

El choque entre las dos comunidades condujo inevitablemente a una asamblea reconciliadora, que tuvo lugar en Jerusalén el año 49 o en el 50. Pedro, que defendía la expansión a los gentiles, y los judaizantes radicales llegaron a un compromiso por el que se eximía del cumplimiento de la ley mosaica a los cristianos procedentes de la gentilidad, pero obligándoles a abstenerse de comer carne sacrificada a los ídolos y no ingerir sangre, ni comer animales estrangulados y a no contraer uniones ilegales.

Las tensiones continuaron, pues Pablo reivindica su evangelio como opuesto a la ley y al legalismo judío, en sus Cartas a los romanos, a los gálatas y a los corintios.

Pocas noticias se tienen de los judeocristianos. Hegesipo, hacia el año 180, conoce un evangelio que leían los judeocristianos de Siria, llamado Evangelio de los Nazarenos, citado por Eusebio, por Jerónimo y por Epifanio. Debía ser una traducción aramea del Evangelio de Mateo, con nuevos materiales.

Otro evangelio, mencionado por Ireneo y por Epifanio, es el de los ebionitas, derivado de el de Mateo y Lucas, y redactado en griego.

El Evangelio de los Hebreos procede de Alejandría. Los primeros evangelios proceden seguramente de Siria.

## MAHOMA Y LOS JUDEOCRISTIANOS

La rama de los judeocristianos es importante para entender el Corán, como ha puesto de relieve recientemente el teólogo católico H. Küng, pues como escribió A. Schlatter en 1926: «La Iglesia judía se extinguió solamente en Palestina, al oeste

del Jordán. En cambio, en las regiones orientales, en la Decápolis, en la Batanea, entre los nabateos, a orillas del desierto de Siria y hacia el interior de Arabia, siguieron existiendo comunidades cristianas con usos y costumbres judías, completamente desligadas de la restante cristiandad y sin comunicación con ella. [...] Ninguno de los dirigentes de la Iglesia imperial vislumbró que a esta cristiandad por ellos despreciada habría de llegarle el día en que sacudiría al mundo y demolería una buena parte de la Iglesia construida por ellos; el día llegó cuando Mahoma recibió el patrimonio guardado por estos cristianos judíos, su conciencia de Dios, su escatología anunciadora del día del juicio, sus costumbres y su leyenda, y así fue cómo *el enviado de Dios* instauró un nuevo apostolado.» H. Küng se pregunta, apoyado en los estudios de A. Schlatter, si Mahoma es un apóstol judeocristiano con vestiduras árabes.

A. Harnack, el mejor conocedor del dogma e historiador del cristianismo primitivo, aseguró ya en 1877 que «el islam es una adaptación de la religión judía transformada ya antes por el judeocristianismo primitivo, y ello llevado a cabo en suelo árabe por un gran profeta [...]. Gracias a la rigurosas acentuación de la unicidad de Dios y al rechazo del uso de las imágenes; en resumen gracias a la simplicidad en que reapareció la religión espiritual, el islam era rotundamente superior a aquel cristianismo con su doctrina trinitaria, que sólo sublimes sabios eran capaces de entender como monoteísmo, y su culto mágico con todos sus accesorios. Ante tan liberadora reducción del monoteísmo no pocos cristianos aceptaron al nuevo profeta, máxime cuando podían seguir venerando a Abraham, a Moisés y a Cristo.»

El gran historiador del dogma había detectado elementos judeocristianos en el islam, del judeocristianismo gnóstico, concretamente de la secta de los elhesaítas, que defendían un estricto monoteísmo y que rechazaban la doctrina eclesiástica de la hipóstasis y de la filiación divina.

Como escribió H.-J. Schoeps, también aducido por H. Küng: «El judeocristianismo ha desaparecido en la Iglesia cristiana, pero se ha conservado en el islam, y cuando menos en algunos de sus impulsos más serios, llega hasta nuestros días.» H. Küng, por su parte, afirma que «en el concepto que Mahoma tiene de Jesús vuelven a salir a la luz de la historia tradiciones judeocristianas reprimidas, menospreciadas y olvidadas en la Iglesia helenística [...]. Mahoma recogió la historia de Jesús tal como circulaba entonces por Arabia y la interpretó a su modo [...]. La cristología de Mahoma no debe andar muy lejos de la cristología de la Iglesia judeocristiana.» H. Küng señala varios puntos de contacto con la cristología de estos judeocristianos, como los ebionitas que aceptaban el nacimiento virginal de Jesús pero no su preexistencia, exactamente como el Corán. Los tres primeros evangelistas no conocen la preexistencia de Jesús. Las expresiones de Lucas en los Hechos de los Apóstoles, que remontan a la vieja tradición que subordina a Jesús totalmente a Dios, con expresiones como «Siervo de Dios», «Cristo de Dios», «Elegido de Dios», «Resucitado por Dios», etc., podían ser aceptadas plenamente en la fe monoteísta judía o musulmana.

El Corán insiste en el título «siervo» referido a Jesús, que fue la forma cristológica de la cristiandad sirio-semita que Mahoma desarrolló. En el Nuevo Testamento no hay huellas claras de la doctrina de la trinidad, rechazada por Mahoma, que era docetista. Creían que Jesús sólo había sufrido en apariencia, como los docetistas contra los que lucha Ignacio de Antioquía a comienzos del siglo II en sus cartas a los tralianos y a los esmirniotas.



Escenas de la vida de Pablo: el apóstol discutiendo con filósofos paganos en la parte superior; en el centro, después del naufragio de Malla arroja al fuego una víbora que le ha mordido en la muñeca; debajo, el padre de Publio, a la derecha, y un segundo varón presentan a dos inválidos.

Pablo era oriundo de una de las ciudades del oriente más helenizadas, Tarso, encrucijada de culturas, de razas y de religiones. Era ciudadano romano. Pablo era de carácter apasionado y temperamental. Participó en la lapidación de Esteban. A las puertas de Damasco sintió la llamada de Jesús de Nazaret, que Pablo describe como visión del Jesús resucitado. Él insiste en el prólogo de sus cartas en la idea de llamamiento y revelación, que transformaron radicalmente su personalidad. Criado en Tarso, fue alumno de Gamaliel y educado en la ley de los padres. Perteneció a la tribu de Benjamín y fue fariseo. Persiguió a los cristianos, a los que mandó encarcelar. El sumo sacerdote y el Gran Consejo le dieron unas cartas para ser entregadas en Damasco, hacia donde se dirigió pasando por Arabia.

La predicación de Pablo se basaba en la revelación de Cristo. La misma revelación que había provocado una meditación y un reposicionamiento de sus propias convicciones.

Pablo tuvo necesidad de un nuevo lenguaje como vehículo de nuevos contenidos. Se siente en la necesidad de evangelizar. Las llamadas cartas pastorales no son de Pablo. En ellas se exponen normas y propuestas del propio Pablo, como la necesidad de instaurar una jerarquía, reflejo de la Torá, un consejo de ancianos, obispos y diáconos.

Dos escritos paulinos, la Carta a los Colosenses y la Carta a los Efesios, son ejemplos de su pensamiento y frutos de sus reflexiones. La primera de ellas es un himno cristológico, la piedra maestra de su pensamiento sobre Cristo. Éste es luz, imagen y progenitor de toda la creación. Cristo cósmico, Cristo cabeza del cuerpo que es la Iglesia, Cristo

redentor y primogénito. Por su parte, la Carta a los Efesios es un himno donde se relata todo el plan de Dios y todas sus bendiciones. La Iglesia es el cuerpo de Cristo.

Pablo es el primer gran teólogo de la Iglesia primitiva. Su mensaje es el resultado de una revelación personal. Aportó grandes novedades al discurso cristiano, producto de su experiencia y de su procedencia, Tarso de Cilicia, crisol de culturas y puente entre Oriente y Occidente. El mensaje evangélico de Pablo hace cuatro grandes aportaciones, según A. Piñero: El valor de la ley (fue cuestionado por los helenistas, y seriamente dañado, por la aceptación de Jesús como mesías); la interpretación de su muerte como sacrificio expiatorio; la Nueva Alianza por la muerte de Jesús, y la exigencia de una obediencia radical a su mensaje. Estas ideas también perjudicaban gravemente al templo como institución.

Pablo hizo un replanteamiento radical acerca del valor de la ley. Admitió con matizaciones el acuerdo del concilio apostólico de Jerusalén. Pablo propuso que la salvación sólo podía llegar mediante la gracia divina que puso al alcance del hombre la muerte del mesías/Cristo crucificado. A pesar de esta conclusión personal, mantuvo una postura bastante acorde con el concilio de Jerusalén. En la Carta a los Gálatas su postura es aún más radical: la salvación del hombre pecador, ni siquiera en el caso de los judíos, no se opera por el cumplimiento de la ley sino sólo por la fe en Jesús.

Esta tesis se basa en la exégesis de la promesa hecha a Abraham, que demostró su fe. La revalorización de la fe debe tomarse como muestra del avance del cristianismo helenístico apenas unos años después de la muerte de Jesús. Este pensamiento radical de Pablo es suavizado en su Carta a los Romanos, donde se contemplan los aspectos positivos de la ley. Hay una contradicción al mantener que el cumplimiento de la ley es incompatible con la rehabilitación por la fe, ambigüedad explicable quizá porque para Pablo no existe incompatibilidad entre fe y obras. En la citada Carta a los Romanos no distingue claramente lo que «puede ser» y lo que «es» válido para los judíos.

La segunda gran novedad del pensamiento paulino es la transformación del mensaje de Jesús, sobre la inminencia del Reino de Dios, en un mensaje de salvación universal, pero ya iniciado en la comunidad helenística. Pablo habla del acto salvador de Dios por la muerte voluntaria de Jesús, válido para toda la humanidad. Al éxito del cristianismo contribuye la transformación del anuncio del Reino de Dios en una efectiva salvación universal por la fe en Cristo.

Este «cambio de acento», como lo llama A. Piñero, hizo confluir la imagen de Jesús con aquellas de las divinidades-hijo de las religiones místicas y que comportaban una misión salvífica. Pablo proclamaba a Jesús como el verdadero Redentor que desbancaba a otras figuras o personajes de las religiones místicas. Jesús podía ser perfectamente aceptado por los fieles de las religiones místicas, aunque no sean muy pertinentes los paralelos estrictos entre los mitos de las religiones místicas y el cristianismo. Éste ofrecía una contrapartida a las aspiraciones religiosas de las masas, al expresar su propia cosmovisión religiosa en conceptos comunes a las religiones místicas, como la promesa de su muerte y resurrección, el bautismo como iniciación, la comunicación con la divinidad a través de la eucaristía o Cristo salvador universal por su muerte expiatoria. Señala acertadamente A. Piñero que un discípulo de Pablo, el autor de la Carta a los Efesios, presenta una de las más profundas verdades del cristianismo, y más atractivas para las gentes, cual es el misterio del plan salvífico de Dios, en el que tienen sitio los gentiles, el misterio de la persona de Cristo y de la unión de Cristo con su Iglesia.

La tercera gran aportación de Pablo es que resaltó la figura de Cristo como divi-

na. Aceptó la personalidad divina de Jesús como ser procedente de Dios. A Pablo no le interesan los aspectos históricos de Jesús. Pablo debió ser, posiblemente, el primer personaje que sostuvo que Jesús era no sólo Hijo de Dios desde el bautismo o resurrección, sino que era hijo preexistente de la divinidad, como se afirma en Gal 4,4-5 y en el himno a Cristo de la Carta a los Filipenses 2,6-11:

El cual, siendo de condición divina  
no retuvo ávidamente  
el ser igual a Dios.  
Sino que se despojó de sí mismo  
tomando condición de siervo  
haciéndose semejante a los hombres  
y apareciéndose en su porte como hombre;  
y se humilló a sí mismo,  
obedeciendo hasta la muerte  
y muerte de cruz.  
Por lo cual Dios le exaltó  
y le otorgó el Nombre,  
que está sobre todo nombre.  
Para que al nombre de Jesús  
toda rodilla se doble  
en los cielos, en la tierra  
y en los abismos,  
y toda lengua confiese  
que Cristo Jesús es SEÑOR  
para la gloria de Dios Padre.

En la Primera carta a los Corintios 8,6, Pablo atribuye a Cristo un papel de mediador en el acto de la creación.

Pablo recibió estos teologúmena de la comunidad helenística, probablemente de Antioquía, pero que él difundió.

Pablo también incorpora a la evolución del cristianismo motivos y expresiones de corte gnóstico, aunque los paralelos que se pueden aducir son de fechas posteriores. De tintes gnósticos o platonizantes es la antropología que distingue en el ser humano cuerpo, alma y espíritu, que utiliza Pablo en su contraposición hombre terreno / hombre espiritual.

La idea de que el hombre vive rodeado de ángeles y demonios, seres favorables o enemigos, se documenta en el judaísmo, en la religiosidad helenística y en las religiones místicas. Las expresiones de Pablo están más cercanas a las utilizadas en el siglo II por los gnósticos. En Pablo hay una oposición entre luz y tinieblas, enemigos enfrentados permitidos por Dios.

Otra aportación fundamental de Pablo, idea que también aparece en los gnósticos, es la igualdad entre el redentor y los redimidos. Por esta homologación la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo. El salvador ha iniciado el retorno celeste y lo harán también quienes le sigan.

## JUAN

Juan es una pieza clave para entender el cristianismo primitivo. Su Evangelio es enigmático y se diferencia de los otros tres. Muestra un retrato distinto del Jesús de Marcos, Mateo, y Lucas. Es importante conocer las posibles influencias del pensa-

miento de Juan. En muchos aspectos el cuarto Evangelio está mejor informado que los anteriores. El Jesús de Juan parece pertenecer al mundo helenístico del siglo II. La finalidad del Evangelio de Juan es llevar a los lectores a la fe o confirmarlos en ella. Este Evangelio muestra la existencia de una persona divina, como señala D. A. Black, cuya función es mostrar a Dios. Pertenecer a la esencia del cuarto Evangelio el hecho que la palabra eterna se hiciera carne, que fuera la vida de un ser humano real. La verdad eterna está ligada a los hechos históricos.

Los temas fundamentales del Evangelio de Juan son: Cristo es la Palabra de Dios a la humanidad. Jesús es la palabra creadora y reveladora de Dios. Cristo es la fuente de vida y el salvador del mundo.

El prólogo joánico insiste en el testimonio y en la fe en Cristo. Los que se ponen en contacto con la doctrina de Jesús, o permanecen en el pecado y se condenan o reciben la vida eterna. Para salvarse es necesario huir del pecado del mundo.

El cuarto Evangelio insiste en que Cristo es la fuente de la verdad. Jesús revela al verdadero Dios. El mundo es el lugar del pecado y del diablo. La revelación de Jesús es un acto de amor divino.

Juan rechaza el docetismo. La humanidad de Jesús es real; no se puede interpretar a Jesús por el mito gnóstico del redentor, que es de fecha posterior. Es muy discutible que el gnosticismo sea la fuente del dualismo joánico, que hunde sus raíces en conceptos del Antiguo Testamento y en la época helenística.



## CAPÍTULO V

# Estructura social del cristianismo primitivo

J. M. BLÁZQUEZ

### ¿LA ESCORIA DE LA SOCIEDAD O CLASE MEDIA?

Jesús eligió a los doce entre pescadores y algún publicano, quien desempeñaba un oficio totalmente desprestigiado por su rapacidad en la recaudación de las contribuciones. Jesús había arremetido contra los ricos, y Pablo escribió en la Primera carta a los Corintios:

Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir a los fuertes. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios, lo que no es, para reducir a la nada a lo que es.

El historiador Tácito, al referirse a la acusación de Nerón del incendio de Roma, afirma que los cristianos «eran aborrecidos por sus vicios», calificándolos de perniciosa superstición que odia a la humanidad. El texto puede referirse a gentes pertenecientes al *lumpen* de Roma. La idea de la baja extracción social del cristianismo de Pablo es ya vieja. Liedmann, a comienzo de este siglo, defendió que los nombres citados por Pablo a final de su Carta a los Romanos son típicos de esclavos o de libertos. Los historiadores marxistas han defendido la ínfima extracción social del cristianismo primitivo. Deissmann, después de estudiar la lengua de los papiros y los *ostraka* cristianos, confirmó que los autores de los libros del Nuevo Testamento pertenecían a las clases inferiores. Es distinto el caso de Pablo, que era ciudadano romano y ejercía el oficio de tejedor de lonas o de alfombras. Su lengua no era totalmente vulgar. Deissmann opina que Pablo estaba vinculado a las clases medias e inferiores. El tema ha sido considerado por W. A. Meeks, de la Universidad de Yale. La opinión prevalente es que las primeras comunidades cristianas pertenecían a gentes pobres. En los últimos decenios se ha llegado a conclusiones diferentes a las de Deissmann. Se ha dado importancia a los lazos de *amicitia* y clientela. E. A. Judge defiende que el «cristianismo fue un movimiento que los patronos locales patrocinaban en su propio ascenso, en compañía de cuantos tenían vínculos sociales de subalternos». Para R. M. Grant, el cristianismo actuó necesariamente a partir del vértice. Concluye que el cristianismo más primitivo no debe verse «como un movimiento proletario de masas, sino como un reagrupamiento de células más o menos sobrantes, formadas en gran parte de gentes que procedían de la clase media».

W. A. Meeks recoge otras opiniones sobre el particular, como la de Malherbe, quien defiende que el grado de instrucción, y también probablemente el nivel social de Pablo y de, al menos, algunos de los miembros de sus comunidades, eran más alto de lo que se había supuesto. G. Theissen ha estudiado la estratificación social en las comunidades paulinas, principalmente en Corinto. En esta ciudad se mencionan personajes importantes, que pertenecen a un nivel social y económico relativamente alto. La Iglesia —señala este autor— estaba estratificada. Los conflictos que se conocen en la Iglesia de Corinto se producían casi siempre entre gentes de niveles sociales diferentes; las tensiones, también a nivel individual, surgían del roce y desavenencias propias de una sociedad jerarquizada y una comunidad que tendía a la igualdad.

#### ONOMÁSTICA EN LAS CARTAS DE PABLO

En las Cartas de Pablo y de sus discípulos, excluyendo las pastorales, se mencionan sesenta y cinco individuos. Algunos se citan también en los Hechos de los Apóstoles. Entre ambos libros suman un total de ochenta nombres masculinos de los que se desconoce su rango social, como Arquipo de Colosas, Aristarco, Epafras, Epafrodito de Filipos, etc. De una treintena de personajes se tiene algún indicio de su estatus social. Algunos tienen nombres latinos y viven en colonias romanas, como Acaico, Fortunato, Quarto y Lucio, todos en Corinto, y Clemente de Filipos. Sus familias pertenecían al núcleo originario de colonos y desempeñaron las primeras magistraturas. Los nombres griegos de Evodia y Sintique de la Carta a los Filipenses sugieren personajes que ejercían actividades comerciales en Filipos y que tenían la condición de metecos. Son mujeres con suficiente independencia. Tercio, de la Carta a los Romanos, tiene nombre latino, y ejercía la profesión de escriba. Lucas tiene nombre latino, y era médico, según la Carta a los Colosenses. Generalmente los médicos eran esclavos.

Los viajeros tenían medios económicos suficiente para costearse el desplazamiento; otras veces viajaban por cuenta de sus patronos, como los esclavos y libertos, o como los agentes de la familia de Cloe citados en la Primera carta a los Corintios, y Ampliato de la Carta a los Romanos, a quien Pablo conoció en Oriente. Andrónico y Junia procedían de Oriente. Se trata probablemente de un matrimonio (al igual que Aquila y Prisca; que Filólogo y Julia, mencionados en la misma carta) y ambos serían, en razón de su onomástica, libertos. Otros hombres mencionados, como Epéneto o Ampliato, parecen ser de origen servil.

Silvano, mencionado varias veces en los Hechos de los Apóstoles y compañero de viaje de Pablo, es uno de los jefes de la comunidad de Jerusalén, y era un profeta. Gayo, de la Primera carta a los Corintios, lleva un *praenomen* romano. Tenía una casa lo suficientemente amplia para reunir a toda la comunidad cristiana de Corinto. Crispo era un personaje prestigioso de la comunidad judaica y probablemente disponía de cierta solvencia económica, pues era archisnagogo. Quizá también Estéfanos pertenecía a una familia acomodada, familia que fue la primera en convertirse en Acaya. Tenía cierta independencia de movimientos, pues viajó con Acaico y Fortunato a Éfeso en busca de Pablo. Es posible que la comunidad de Corinto pagara el viaje. Los favores prestados por Estéfanos a los cristianos de Corinto parecen ser los típicos de un patrono. Erasto era ecónomo de la ciudad, cargo público de cierta importancia cuya función era la teneduría de libros, la contabilidad y administración de la ciudad, puesto que desempeñaban generalmente los esclavos públicos.

En Corinto, Pablo encontró a Prisca y Aquila. La comunidad cristiana se reunía en su casa. Aquila procedía de una familia judía del Ponto. El matrimonio fabricaba tiendas, oficio bajo pero no humilde. Ambos nombres son romanos.

Normalmente el nombre de la esposa antecede al del marido, lo que puede ser indicio de un estatuto superior de la mujer sobre el varón. La gente de Cloe, de la Carta a los Corintios, son esclavos o quizá libertos que llevan a Éfeso noticias de Corinto. Podría tratarse de una familia establecida en Corinto, con negocios en Éfeso, o viceversa.

Onésimo era un esclavo fugitivo. Su patrono era Filemón, que tenía una casa donde se reunía la comunidad cristiana, y habitaciones para huéspedes. Era, pues, patrono de los cristianos. Tenía, por lo menos, un esclavo; Appia parece ser la esposa de Filemón.

Febe es recordada como diaconisa y *prostitis* de la Iglesia de Cencreas, que protegió a muchos, incluido Pablo. El segundo término indica el rol de presidenta o patrona. No se conoce su estatus social. Era una dama rica, y posiblemente fue a Roma con motivo de sus negocios llevando la carta de Pablo. La madre de Rufo, también citada en la Carta a los Romanos, era protectora de Pablo, por lo que hay que suponer su solvencia económica. La madre de Marco, según los Hechos de los Apóstoles, poseía una casa en Jerusalén donde se reunían los cristianos.

Bernabé era el jefe de la comunidad cristiana de Antioquía antes de la conversión de Pablo. Bernabé y Pablo se mantenían del trabajo de sus manos: eran artesanos itinerantes. Bernabé poseía un campo; lo vendió y entregó el dinero de la venta a los cristianos de Jerusalén, según los Hechos de los Apóstoles. Era levita y procedía de una familia asentada en Chipre. Apolo, según el mismo libro, era un judío de Alejandría, elocuente y conocedor de las Sagradas Escrituras; gozaba de buena posición económica, pues podía fácilmente viajar. En Tesalónica se convirtieron algunas damas griegas de la aristocracia, según los Hechos de los Apóstoles; y en Atenas, un miembro del Areópago, según la misma fuente.

Pablo se mueve a veces en medio de un ambiente elevado. El procónsul de Chipre, Sergio Paulo, reunió a Bernabé y a Pablo y se convirtió. El procurador romano Félix entró en conversaciones con el apóstol, y el rey Agripa quedó impresionado de los argumentos de Pablo. El personaje más importante de Malta hospedó a Pablo, quien curó a su padre. En Antioquía, Manahén era compañero de infancia de Herodes Agripa, y también cristiano. Los asiarcas de Éfeso eran amigos de Pablo; aunque este dato, en opinión de W. A. Meeks, puede tratarse de una mención marginal, sin indicios claros de que se hicieran cristianos. También hubo alguna conversión de altos cargos de la administración. Felipe, según los Hechos de los Apóstoles, bautizó a un eunuco etíope, alto funcionario de Candaces, reina de Etiopía, que estaba al cargo de sus tesoros. El Erasto que junto a Timoteo actuaban de ayudantes de Pablo, no es ecónomo de Corinto. De Sópatro de Berea, de Trófimo de Éfeso, también del grupo de Pablo mencionados en los Hechos, se desconoce su estatus social. Gayo de Macedonia tiene nombre latino, y viajaba con Pablo, al igual que Segundo de Tesalónica y Gayo de Derbe. Debían ser patronos o huéspedes de Pablo y de sus compañeros. Es interesante la figura de Lidia, comerciante de púrpura de Tiatira, que alojó en su casa a Pablo y a Silas. Debía ser rica y disponer de una casa grande. Se hizo bautizar en Filipos con su familia.

Jasón hospedó a los misioneros en Tesalónica; por ello se le hizo responsable de un motín provocado por la presencia de Pablo y Silas, y hubo de pagar una fianza. Era gentil; tenía casa y bienes.

Ticio «el Justo» poseía una casa contigua a la sinagoga de Corinto. Adoraba al verdadero Dios. En su casa se hospedaron Pablo, Silvano y Timoteo una vez que fueron arrojados de la sinagoga. Seguramente era ciudadano romano a juzgar por su nombre. Pertenecía al grupo latino que controlaba la colonia. No se sabe si Jasón y Ticio «el Justo» se bautizaron.

Estos datos de las cartas paulinas y de los Hechos de los Apóstoles, analizados últimamente por W. A. Meeks, proporcionan algunos datos sobre el nivel social de los cristianos de las comunidades paulinas. Afloran algunos rasgos generales y conjeturas que, ciertamente, no son concluyentes pero indican tendencias.

El profesor americano ha estudiado también los indicios indirectos. Pablo menciona los santos de la casa del César, que saludan a los filipenses cuando él estaba en prisión. Se desconocen sus nombres y su número. La carta debió ser escrita probablemente en Roma. Los miembros de la familia del César podían ser esclavos, libertos o un grupo mixto de ambos. Tampoco se conoce su jerarquía, pues sus oficios oscilaban desde los puestos más humildes hasta los altos cargos en la administración. Tenían grandes posibilidades de ascender en la escala social. Ya en las Cartas de Pablo se han encontrado menciones a esclavos (Onésimo, que no era cristiano) o dueños (Filemón, Appia y posiblemente Cloe) de esclavos. En las cartas escritas a nombre de Pablo, al igual que las escritas a nombre de Pedro, se mencionan esclavos. En la Carta a los Colosenses la exhortación se dirige a los esclavos y a los patronos. Exhortaciones parecidas se leen en la Carta a los Efesios.

En las cartas paulinas se mencionan artesanos libres. En la Carta a los Tesalonicenses, Pablo recomienda «ocuparse de los asuntos propios y trabajar con vuestras manos, como os lo tenemos ordenado». De esta frase parece deducirse que la mayoría de los cristianos de Tesalónica eran artesanos especializados o no. Estas amonestaciones se encuentran en los moralistas greco-romanos, principalmente en Dión Crisóstomo. Expresiones parecidas se hallan en la Carta deuteropaulina de los de Éfeso. En la Segunda carta a los Tesalonicenses se queja Pablo de que algunos cristianos se niegan a trabajar.

Hay también menciones al dinero, como la colecta para los cristianos de Jerusalén. En la Primera carta a los Corintios 16,1, se lee:

En cuanto a la colecta en favor de los santos (de Jerusalén) haced igualmente vosotros tal como mandé a las iglesias de Galacia. Cada primer día de semana cada uno de vosotros poned aparte por vuestra cuenta lo que consigáis ahorrar, para que, cuando yo vaya, no haya que andar entonces con colectas.

Este párrafo indica que los cristianos, si no ricos, disponían de ciertas cantidades de dinero excedente. Lo mismo se deduce de una limosna, que según las posibilidades de cada uno, se envió a los hermanos que vivían en Judea, según los Hechos de los Apóstoles.

El donativo a los pobres de Jerusalén debía ser importante, como se desprende de la embajada organizada para llevarlo. Expresamente se dice que era una cantidad importante. Pablo recuerda la generosidad de los cristianos de Macedonia como respuesta a su invitación. El apóstol habla de la «extrema pobreza» de los cristianos de Macedonia, frase un tanto exagerada pues Pablo aceptó varias veces dinero de los macedonios. Pablo aconseja a los de Corinto que den limosna «a tenor de lo que cada uno posee», lo que indica una gradación de fortunas. Pablo compara la abundancia

en que viven los cristianos de Corinto con la pobreza de los de Jerusalén. Los corintios sufragaban los planes y los gastos de viaje de Pablo, por eso se quedó con ellos algún tiempo.

Entre los cristianos de Corinto se realizaban transacciones comerciales y financieras, que motivaban no pocas discusiones.

Pablo utiliza en las cartas un lenguaje comercial a veces para referirse a las relaciones entre él y la comunidad o para hacer razonamientos teológicos, como en aquella ocasión de la Carta a los Colosenses donde califica el sacrificio de Cristo en la cruz como un acto que «canceló la nota de cargo que había contra nosotros» y en la Carta a los Filipenses se dice: «Lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida: cuando salí de Macedonia ninguna Iglesia me debe, sino vosotros solos [...] no es que yo busque el don, sino que busco aumentar los intereses en vuestra cuenta.» Frases como éstas permiten sospechar que Pablo se dirige a mercaderes y comerciantes, a gentes que entienden de los negocios.

De los conflictos que estallaron dentro de la comunidad de Corinto se puede obtener algún dato útil sobre la estratificación social de los cristianos. La división estaba entre los que eran relativamente ricos y los pobres, lo que indica la diversidad económica de los miembros de esta iglesia.

La comunidad de Jerusalén estaba compuesta, en origen, por gentes con cierto poder económico, pues como cuentan los Hechos de los Apóstoles, «todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común, vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el importe entre todos, según las necesidades de cada uno». El mismo libro cuenta el caso de fraude del matrimonio formado por Ananías y Sáfira, quienes vendieron una propiedad, y, cerrado el trato, sólo entregaron a los apóstoles parte del importe, por lo que fueron castigados por Dios.

#### SITUACIÓN SOCIAL DE LA MUJER

En Corinto era materia de litigio el estatuto de la mujer. Cuando el apóstol habla de que la mujer ha de cubrirse la cabeza al orar o profetizar, viene a decir que la cabeza de la mujer es el hombre, y reflejo del hombre, que fue creada por razón del varón, «la cabellera de la mujer es a menudo de velo [...] las mujeres cállense en las asambleas, estén sumisas». Si quieren aprender algo que pregunten a sus propios maridos en casa. Ya se ha recordado que las cartas paulinas mencionan a las mujeres como cabezas de familia, se dedican al comercio, disponen de riquezas propias, viajan en compañía de sus esclavos y ayudantes. Algunas se bautizaron sin el permiso de sus maridos. Otras desempeñaron el mismo papel que los varones en las comunidades cristianas. También oraban y profetizaban. Varias colaboraron con Pablo en la predicación del evangelio.

En Corinto había matrimonios en los que sólo era cristiano (o cristiana) uno de sus miembros. En la Carta a los Romanos (16), Pablo envía saludos a ocho mujeres junto a dieciocho varones: María, que ha trabajado mucho por vosotros; Trifena y Trifosa, que se han fatigado en el Señor; Perside, que ha trabajado tanto en el Señor; la madre de Rufo, a la que llama madre suya; Julia, posible esposa de Filólogo, pues se la nombra en su compañía; la hermana de Nereo. Todas debieron prestar importantes servicios a la comunidad y a Pablo. A. Harnack cree que también deben ser cristianas, probablemente, en época apostólica, Pomponia Graecina, en Roma, citada

por Tácito en los *Anales*. Al frente de la cabeza de Colosas se encontraba una mujer de nombre Ninfa. En la Carta a los Filipenses se leen los nombres de dos mujeres, Evodia y Sintique, que habían cooperado en la fundación de la Iglesia, y quizá la dirigían, siendo esto posible motivo de controversia. Pablo quiso mantenerse neutral en este conflicto.

Los Hechos de los Apóstoles también recogen nombres de mujeres cristianas: María, la madre de Marco, en cuya casa se reunían diariamente los cristianos. La conversión de mujeres se menciona a la par de la de los hombres: Tabita en Joppe; Lidia en Filipos; Damariade en Atenas, recordada junto a Dionisio el areopagita; las cuatro hijas de Filipo, que eran profetisas. Priscila en compañía de su esposo evangelizaron en Corinto, Éfeso y Roma, instruyendo en la doctrina cristiana a Apolo. En Tesalónica Pablo convirtió a no pocas mujeres principales (Hch 17,4). El Apocalipsis de Juan menciona a una profetisa cristiana de nombre Jezabel, que corrompía la comunidad. En la carta de Clemente Romano, escrita hacia el 97, el autor anónimo intenta mantener a las mujeres dentro de la vida doméstica. Plinio el Joven menciona a cristianos de ambos sexos.

En el folleto novelesco, pero antiguo, titulado *Acta Pauli* se recogen varios nombres de mujeres: Theonoe, profetisa de Corinto; Stratonice, de Filipos; Eubulla y Artemilla de Éfeso, y Tecla de Iconio, a quien la leyenda hizo compañera sentimental de Pablo (además de Falconila, Trifena, Feocleia y Lectra).

Los Hechos de los Apóstoles están plagados de conversiones de damas, aristocráticas o plebeyas. Los intelectuales, acérrimos enemigos del cristianismo, como Celso (Orígenes, *Contra Cels.* 3,44) y Porfirio (*Brev. in Ps.* 82) impulsaron la conversión cristiana de las mujeres.

En las escuelas cristianas, como en la de Justino, o la que había en Alejandría, figuran alumnas cristianas; y el *Pedagogo* de Clemente, hacia el año 200, va dirigido también a la instrucción de damas de la alta sociedad alejandrina.

Los apóstoles estaban casados e iban acompañados de sus esposas durante la evangelización (1 Co 9,5).

W. A. Meeks deduce del análisis de los datos, generalmente incompletos, que el nivel social de los cristianos era variado. Están ausentes en la documentación los estratos más altos de la sociedad, y también los más bajos. No se mencionan los aristócratas, los grandes terratenientes, los senadores, los caballeros y los decuriones (salvo quizá Erasto), ni tampoco pobres de solemnidad, como braceros y artesanos dependientes de otras personas. El cristianismo paulino está formado, fundamentalmente, por gentes de la ciudad, motivo por el que no vemos en sus obras campesinos o jornaleros, ni esclavos dedicados a la agricultura. Sin excluir a los esclavos urbanos, la mayoría de los cristianos parecen ser artesanos independientes o pequeños comerciantes. Varios poseen esclavos y casas. Pueden costear sus viajes, lo que indica cierto nivel de solvencia económica y social. En cada comunidad se mezclaban gentes de distinto nivel social. También había cristianos entre la *familia Caesaris*, libertos y descendientes de libertos.

## EXTRACCIÓN SOCIAL DEL CRISTIANISMO EN EL SIGLO II

Los escritores tanto paganos como cristianos han dejado en sus obras datos sobre la extracción social de los cristianos del siglo II.

Los primeros datos cronológicos se leen en la citada carta del gobernador de Biti-

nia, Plinio el Joven (*Ep.* 10,96). En ella se afirma que hay entre los cristianos muchos, gentes mayores y ciudadanos romanos. El número de cristianos era grande, pues había muchos, de toda condición y de uno y otro sexo. Puntualiza Plinio el Joven que el contagio de esta superstición ha invadido no sólo las ciudades, sino hasta las aldeas y los campos, y que los templos paganos estaban vacíos. Cristo murió hacia el año 30 y, por tanto, habían transcurrido tan sólo unos ochenta años.

El historiador Cornelio Tácito comenzó a redactar sus *Anales* en el año 116. En ellos describe los sucesos acaecidos entre la muerte de Augusto y la de Nerón. Al describir el incendio de Roma sucedido en tiempos de Nerón, el historiador afirma que:

con el fin de extirpar el rumor [de que el incendio había sido ordenado], Nerón se inventó unos culpables y ejecutó con refinadísimo tormento a los que, aborrecidos por sus infamias, llamaba el vulgo cristianos. El autor de este nombre, Cristo, fue mandado ejecutar con el último suplicio por el procurador Poncio Pilato durante el mandato de Tiberio, y reprimida la pernicioso superstición, irrumpió de nuevo no sólo por Judea, origen de este mal, sino por la Urbe [Roma] misma, donde confluye y se celebra cuanto de atroz y vergonzoso hay por doquier. Así pues, se empezó por detener a los que confesaban su fe, luego, por los indicios que éstos dieron, toda una ingente muchedumbre quedó invicta, no tanto del crimen del incendio, cuanto del odio al género humano [...]. De ahí a los mercedores de los últimos suplicios se les tenía lástima.

Cree Tácito que los cristianos son el *lumpen* de la sociedad romana y que odiaban al género humano, por eso el chivo expiatorio estaba muy bien buscado. Eran odiados por sus infamias, que el historiador romano las juzga verdades.

Sin embargo, el texto más significativo sobre la baja condición social del cristianismo primitivo y su procedimiento de proselitismo procede del intelectual Celso. Dice así:

Entre ellos [los cristianos] se dan órdenes como éstas: nadie que sea instruido se nos acerque, ningún sabio, nadie prudente, todo esto es considerado entre nosotros como malo. No, si alguno es ignorante, si alguno insensato, si alguno inculto, si alguno tonto, venga con toda confianza. Ahora bien, al confesar así que tienen por dignos de su dios a esta ralea de gentes, bien a las claras manifiestan que no quieren ni pueden persuadir más que a necios, a plebeyos, a estúpidos, a esclavos, a mujereszuelas y a chiquillos [...]. No, pero si atisban en alguna parte un grupo de niños, de mozos o de gente grosera, allí implantan sus reales, estacionan sus industrias y se hacen admirar. Sucede lo mismo en el seno de las familias. Se ven cardadores de lana, zapateros, bataneros, gente de la más suprema ignorancia, desprovistas de toda educación, que en presencia de sus maestros, hombres con experiencia y adoctrinados, se cuidan de abrir la boca; mas sorprenden a la vez, en privado, a los niños o a las mujeres, que no tienen gran entendimiento, y se ponen a hacerles creer maravillas. Sólo en ellos deben tener confianza [...]. Los desvergonzados no dejan de excitar a los niños a sacudir el yugo, insinuando que nada quieren enseñarles delante de sus padres o preceptores para no exponerles a la brutalidad de esa gente corrompida que les mandaría castigar. Los que aprecian la verdad que dejen padres y maestros, y vengán con las mujeres y los niños al gineceo o a la tienda del zapatero, para así aprender la vida perfecta. Así es como se las arreglan para captar adeptos [...]. Escuchemos ahora a qué canalla invocan los cristianos en sus ceremonias y misterios: quien es pecador, quien carece de inteligencia, quien es débil de espíritu, en una palabra, quien es miserable, que se aproxime. El reino de Dios le pertenece.

Retrata Celso en este párrafo la baja condición social del cristianismo primitivo y el método de captación a través de los artesanos de baja estofa, entre niños y mujeres. Para Celso, el cristianismo sólo ha conquistado gentes pobres, aunque admite que hay entre ellos personas «equilibradas» e inteligentes.

Tertuliano acepta que el cristianismo estaba formado en gran parte por gente de la clase baja, y está orgulloso de ese hecho. Poco antes o poco después de publicar Tertuliano su *Apología*, se hizo pública la única apología cristiana escrita en latín y en Roma. Se trata del diálogo llamado *Octavio*. Su autor se llama Minucio Félix. El diálogo tiene por escenario la ciudad de Roma. En él intervienen tres personajes: el abogado y autor Marco Minucio Félix y sus dos amigos, el cristiano Octavio y el pagano Cecilio. Este último escribe

que una facción miserable [los cristianos], prohibida por la ley y gavilla de desesperados, asalten como bandidos a nuestros dioses. Gentes que forman una conjuración sacrílega de hombres ignorantes, de la última hez de la plebe, y mujercillas crédulas, fáciles de engañar con la misma facilidad de su sexo, que se juntan en conciliábulos y se ligan entre sí por ayunos solemnes y comidas inhumanas, es decir, antes por un sacrilegio que por un sacrificio; casta que ama los escondrijos y huye de la luz, muda en público. Desprecian como sepulcros nuestros templos, miran con horror a nuestros dioses, se mofan de nuestro culto, se compadecen de los miserables, de nuestros sacerdotes; rechazan, desarrapados ellos, nuestros honores y púrpuras. ¡Qué maravillosa necedad e increíble audacia! Y ya, como sea la ley que lo peor se propague con extraña fecundidad, favorecidos por la creciente corrupción de las costumbres, vemos cómo por todo el mundo se multiplican los abominables santuarios de esta impía coalición. Tal liga de gentes tiene que ser totalmente arrancada de cuajo y execrada.

Este párrafo confirma la creencia de la plebe en la baja extracción social del cristianismo primitivo, ya señalada por autores anteriores.

Los apologistas cristianos admiten que el componente más numeroso del cristianismo está formado por gentes de ínfimo estatus social. Sin embargo, ya en el siglo II apologistas como Justino, Tertuliano y Clemente de Alejandría, quien menciona en su obra un gran número de autores griegos, aunque quizá de segunda mano, prueban que la religión de Cristo había tocado a gente culta. Los cristianos a los que se dirige Clemente de Alejandría en sus obras son gentes ricas y cultas.

#### EL AMBIENTE URBANO DEL CRISTIANISMO PRIMITIVO

No sólo Pablo, también los primitivos misioneros cristianos predicaban el evangelio en las ciudades. Fuera de Jerusalén, evangelizaron en Antioquía. Después de la estancia de Pablo tres años entre los nabateos, y tras una consulta con los ancianos de Jerusalén, la ciudad de Antioquía fue el centro de acción, donde organizó el llamado cristianismo judaico y donde estalló el primer choque entre judíos y gentiles. En el decenio posterior a la crucifixión de Jesús, el cristianismo había abandonado la cultura campesina propia de tierras palestinas y se encaminó a las grandes ciudades del Imperio, pues, como escribió Rostovtzeff, el Imperio romano fue una federación de ciudades autónomas. La *pax* de Augusto permitió la libre circulación de hombres y de mercancías en un ambiente de estabilidad y de seguridad. La cul-

tura romana fue una cultura urbana, caracterizada por su cosmopolitismo, con una lengua común.

R. Hock, basado en datos de los Hechos de los Apóstoles, ha calculado que Pablo recorrió unos diez mil kilómetros, además de los colaboradores, que figuran en misiones especiales. Timoteo fue enviado a Tesalónica. Timoteo, Tito y dos hermanos a Corinto. Pablo envía varias embajadas: Fortunato, Estéfanos y Acacio van a Corinto; Epafrodito a Filipos. Otras veces se utiliza a personas que salen de viaje para que transmitan saludos y noticias, como los miembros de la casa de Cloe. En el último capítulo de la Carta a los Romanos se mencionan a varios de estos viajeros, entre los que destacan Febe, de la iglesia de Cencreas, protectora de Pablo y de otros cristianos, que fue hasta Roma con la carta del apóstol. Saluda a veintiséis personajes. Algunos no serían conocidos directamente de Pablo, como los familiares de Aristóbulo y de Narciso. Otros habían emigrado desde oriente, como Epéneto, Prisca y Aquila, oriundos del Ponto, que habían trabajado en Roma, Corinto y Éfeso, y luego nuevamente en Roma. Unos viajaban expresamente para difundir el evangelio; otros predicaban al mismo tiempo que viajaban por otros motivos.

Cuando los misioneros cristianos, como Pablo y Silas, Timoteo y Tito, llegaban a una ciudad, se encaminaban a evangelizar a la sinagoga, y el sábado dirigían la palabra a los fieles. La pertenencia a la sinagoga era para un judío automática, y no había problema de admisión o de inscripción. Sólo podían pertenecer los hebreos y prosélitos. En Alejandría, que es la única ciudad de la que se conservan datos, la comunidad judía, la gerusía o consejo de ancianos representaba a los judíos de toda la ciudad. En Antioquía, en el siglo I, había un arconte de los judíos, que hablaba el griego en la diáspora.

Los judíos participaban activamente en la vida de la provincia. En el teatro de Mileto tenían asientos reservados. Las inscripciones mencionan magistraturas desempeñadas por judíos en Afrosias, Aemona y Sardes. Esta última ciudad tenía una magnífica sinagoga en el centro de la ciudad, sede de una gran actividad comercial y asiento de escuelas.

De la predicación de Pablo en Iliria no se tiene ningún dato; sí de su actividad en la zona vecina de Macedonia. Las cartas auténticas sólo se refieren al último tercio de su actividad como misionero, y las noticias son fragmentarias. Más sistemática es la narración de los Hechos de los Apóstoles, a partir de la cual es posible trazar las grandes líneas de su predicación combinando los datos de los Hechos a los de las Cartas.

Después de su conversión, Pablo se retiró tres años de Damasco a Arabia, orientada al sur de la ciudad. Pablo encontró allí la hostilidad del etnarca del rey Aretas. A continuación visitó Jerusalén por primera vez. Pablo habla de su predicación en Siria y en Cilicia; participó en el concilio apostólico en una segunda visita a Jerusalén y en este periodo predicó en Chipre, en Antioquía de Pisidia, en las ciudades de Licaonia, de Iconio, Lистра y Derbe. J. Knox se inclina a creer que, antes del citado concilio, visitó Galacia, Macedonia, Grecia y Asia Menor. En estas regiones el cristianismo paulino caló hondamente.

Pablo comenzó la predicación de Macedonia partiendo de Filipos, iglesia que contribuyó con sus limosnas para las misiones de Tesalónica, de Acaya, que ayudaron a Pablo durante su estancia en la prisión y favorecieron a los cristianos de Jerusalén. Filipos fue una ciudad fundada por Antonio después de la derrota en este lugar de los asesinos de César, Bruto y Casio, en 42-41 a.C., y en la que el tribuno asentó un grupo de veteranos. Unos once años después, Octaviano reorganizó la co-

lonia con nuevos asentamientos de veteranos. Prevalecía la actividad agrícola sobre la comercial.

Desde Filipos los misioneros se dirigieron hacia el sur. En Tesalónica se formó una comunidad cristiana, que recibió la más antigua carta conservada de Pablo. Tesalónica estaba asentada en el golfo Termaico, a mitad de camino de la vía Egnacia. Luego siguieron hasta Berea y Atenas, para llegar a Corinto, donde fundó una iglesia. Corinto era el centro comercial más importante de la Grecia romana. Era famosa por sus tintes de púrpura. Tenía una población cosmopolita, y muchos emigrantes constituían una nutrida comunidad judía. El ambiente de la ciudad era griego. Fue refundada por libertos de la casa de César, dándole el rango de colonia romana. Casi la mitad de los personajes citados en el Nuevo Testamento están de un modo u otro vinculados a la iglesia de Corinto. Una comunidad cristiana presidida por Febe, «diaconisa de la iglesia de Céncreas», se localizaba en el puerto exterior de Corinto, y otras comunidades en el interior de Acaya. Pablo, y quizá también sus amigos Prisca y Aquila, evangelizaron en Éfeso, ciudad que posiblemente se convirtió en el eje de la predicación paulina. En Éfeso existía un grupo numeroso de judíos. Josefo ha conservado una serie de edictos emanados de la autoridad romana que garantizaban los derechos de los judíos de Éfeso, como garantizar la exención del servicio militar a aquellos judíos que poseían la ciudadanía romana.

Los Hechos de los Apóstoles no hablan de las comunidades cristianas de la parte occidental de Asia Menor, en las ciudades de Colosas, Laodicea o Hierápolis, famosas por sus lanas, donde existían asociaciones importantes de mercaderes y de artesanos, que reunían a tejedores de lana, a tintoreros, a carpinteros, a fabricantes de vestidos, etc. Los Hechos mencionan también un viaje de Pablo a través de Frigia.

Las cartas pastorales ya del siglo II mencionan comunidades paulinas en Éfeso, en Galacia, en Dalmacia, en Tróade, en Corinto, en Mileto, en Creta y en Nicópolis. Todas estas ciudades resultan irregularmente distribuidas a lo largo del arco que va desde el centro de Asia Menor, toca Macedonia y desciende al Peloponeso. Algunas ciudades son modestas, como Filipos, y otras de más importancia como Éfeso o Corinto, que eran colonias romanas. En las colonias, salvo en Filipos y en Corinto, se hablaba el griego. Todas, a excepción de Filipos, eran importantes centros comerciales.

#### LAS MISIONES CRISTIANAS. LOS SEGUIDORES DE JESÚS

Los evangelistas Marcos, Mateo y Juan no utilizaron un nombre especial para designar a sus discípulos más próximos. Jesús se refería a sus más allegados como «los doce» o «los doce discípulos». Pablo no habla nunca de «los doce», sino que utiliza el concepto de apóstoles. Se refiere a sí mismo como apóstol de Jesús Cristo, salvo en la Primera y Segunda carta a los Tesalonicenses, la Carta a los Filipenses, y la Carta a Filemón. Está muy orgulloso de su condición apostólica, pues le fue concedida por el mismo Cristo. Son apóstoles los compañeros de misión, como Bernabé y Silvano, pero no sus discípulos o ayudantes. En la Primera carta a los Corintios, Pablo menciona a los apóstoles, a los profetas y a los doctores.

Apóstoles eran, pues, en primer lugar, los doce que conocieron a Cristo. Pablo no se considera inferior a estos. Lucas habla de «los doce», y en los Hechos de los Apóstoles, simplemente «los apóstoles». En esta obra Pablo y Bernabé son considerados apóstoles.

El Apocalipsis de Juan cita a los que se llaman apóstoles sin serlo. En la Primera y Segunda carta de Pedro, éste es llamado apóstol de Jesús Cristo.

En la Primera carta de Clemente los apóstoles son únicamente «los doce» y Pablo. En cambio, en El Pastor de Hermas, el autor en cuatro ocasiones da al término apóstoles un significado más amplio, al igual que la Didaché. Para Ignacio de Antioquía, los apóstoles tienen un sentido restrictivo, «los doce» y Pablo, al igual que posiblemente para Policarpo de Esmirna.

Las tres clases típicas de misioneros de la comunidad primitiva cristiana son: apóstoles, profetas y doctores; que tenían el oficio de predicar el evangelio. Las tres se encuentran en el judaísmo, pero, como observa A. Harnack, no forman una terna.

#### APÓSTOLES, PROFETAS Y DOCTORES DEL JUDAÍSMO

En el judaísmo los apóstoles se caracterizaban, según Harnack, por estos rasgos: eran personas consagradas y ocupaban un lugar altísimo; se les enviaba a la diáspora para recaudar el tributo debido a la sede central del judaísmo; llevaban cartas; mantenían las relaciones con el centro; transmitían órdenes; ejercían un cierto poder de vigilancia y disciplina; vueltos a la patria, formaban una especie de consejo en torno al de mayor rango, y vigilaban el mantenimiento de la ley y su cumplimiento.

Hay varias similitudes entre los apóstoles judíos y los cristianos. La instrucción judía podía haber servido, en parte, como modelo para el apostolado cristiano, aunque uno y otro muestran diferencias sustanciales. Pablo, de igual modo que los apóstoles del judaísmo, concede gran importancia a la recaudación del dinero para limosnas. Jerusalén se consideró al principio el centro vital del cristianismo, lo mismo que para los judíos.

En tiempos de Jesús había todavía profetas en Israel. Los esenios tenía profetas en su comunidad. Lucas menciona a la profetisa Ana. Juan Bautista era tenido por un profeta, lo mismo que Jesús. Un profeta de Judea, de nombre Ágabo, se cita en los Hechos de los Apóstoles; profetizó a Pablo los peligros que le aguardaban en Jerusalén. Jesús puso en guardia a sus discípulos contra los falsos profetas. Filón se autodenominaba profeta. Y Josefo profetizó a Vespasiano que sería emperador. Josefo menciona a un falso profeta que reunió a unas treinta mil personas a las que había seducido; siendo luego apresado por el procurador Félix. De estos datos se desprende que el profetismo no fue un elemento propio del cristianismo. Los profetas eran la voz de Dios.

Los doctores son bien conocidos en el judaísmo contemporáneo a Jesús. Según Mateo (Mt. 23,6-7) «querían el primer puesto en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, que se les salude en las plazas y que las gentes les llamen Rabbi». Los doctores judíos eran orgullosos y respetados.

Apóstoles, profetas y doctores gozaban de gran prestigio, tanto en círculos judíos como cristianos. Los tres tipos de personajes se mencionan en la Primera carta a los Corintios. Los profetas y doctores de la iglesia de Antioquía se citan en los Hechos de los Apóstoles (13,1). En la Carta a los Efesios (4,11) se habla de apóstoles, profetas, doctores, pastores y maestros. Los obispos y los diáconos, según la Didaché, son relegados a un segundo plano.

En la Didaché, obra de la primera mitad del siglo II, se lee:

Respecto a los apóstoles y profetas, obrad conforme a la doctrina del evangelio. Ahora bien, todo apóstol que venga a vosotros, sea recibido como el Señor. Sin embargo, no se detendrá más que un solo día. Si hubiera necesidad, otro más. Mas si se queda tres días, es un falso profeta.

Este texto no se refiere a los ministros elegidos por cada comunidad, sino a maestros itinerantes, que recibían su ministerio por carisma divino. Apóstoles y profetas eran los verdaderos misioneros y sostenes espirituales de las comunidades. No eran elegidos por la comunidad. Pablo, en la Primera carta a los Corintios, escribe: «Así puso Dios en la Iglesia, primeramente como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros.» A los profetas se les conocía por su predicación orientada a anunciar acontecimientos.

De la Carta de Santiago (3,1) se deduce que el ser doctor era un acto de resolución personal. La comunidad legitimaba su cometido, como el de los profetas. En los Hechos de los Apóstoles, los profetas, y principalmente los doctores, servían a la Iglesia universal con sus carismas, pero podían tener residencia fija, y pertenecer a una determinada comunidad temporalmente o para siempre.

El Pastor de Hermas dedica un largo capítulo (Mand 11) a los falsos y verdaderos profetas. El autor se considera a sí mismo profeta, y recalca la virtud del verdadero profeta. Sin embargo, al referirse a los apóstoles y doctores de la comunidad no menciona a los profetas, sin duda por considerarse uno de ellos. Por lo tanto, Hermas tiene una concepción de apóstoles, profetas y doctores idéntica a la expresada en la Didaché. Son los predicadores del evangelio, y el fundamento de la vida de la comunidad. A estos tres siguen en jerarquía los obispos y los diáconos.

Los escritos de los Hechos de los Apóstoles, la Carta a los Hebreos, la Didaché y El Pastor de Hermas, prueban que las antiguas comunidades cristianas los predicadores del evangelio ocupan el primer puesto y se clasifican en apóstoles, profetas y doctores. Ninguno de estos era ministro de la comunidad. Apóstoles y profetas iban de un lugar a otro. Las comunidades los recibían con respeto. Trabajaban para la Iglesia universal. El modelo de coordinación de las actividades de estos tres personajes no puede explicarse por el modelo judío.

Estos predicadores del evangelio cada vez eran más escasos, hasta el punto que su práctica desaparición dio paso al triunfo del episcopado «monárquico». La primera fase de este proceso se rastrea ya en la Carta a los Efesios, en El Pastor de Hermas y en la Didaché, donde al lado de los apóstoles, de los profetas y de los doctores, se citan los ministros de las comunidades. Se pusieron, como afirma A. Harnack, las condiciones para que los obispos suplantaran a los apóstoles, a los profetas y a los doctores. Policarpo de Esmirna fue celebrado en Asia como doctor apostólico y profético.

A. Harnack era de la opinión que este trípode nació de la Iglesia de Jesús al comienzo de la expansión del cristianismo. Ya al principio de los Hechos de los Apóstoles se habla de profetas cristianos, lo que indica que aparecieron pronto. No está muy claro el origen del tripodio apóstoles-profetas-doctores, del mismo modo que tampoco hay mucha luz al respecto de los orígenes de los obispos, presbíteros y diáconos.

Según la Didaché, los profetas tenían ciertos caracteres comunes con los apóstoles, por una parte, y con los doctores por otra. La pobreza era un requisito necesario para los apóstoles y profetas, según indicaciones del propio Jesús cuando envió a los doce apóstoles de misión (Mt 10,9-10).

Orígenes (*Contra Cels.* 3,9) describió bien las características de la evangelización primitiva:

Y es así que algunos acometen la hazaña de recorrer no sólo ciudades, sino villas y hasta pequeñas casas de campo para hacer también a otros piadosos para con Dios. Y nadie puede decir que hagan eso por amor de la riqueza, siendo así que hay quienes no toman ni lo necesario para su sustento; y cuando, apremiados por la necesidad, toman algo, se contentan con lo necesario, por más que muchos quieran entrar a la parte con ellos y darles más de lo que necesitan. Acaso actualmente, cuando por la muchedumbre de los que abrazan nuestra doctrina, hay ricos y altas dignidades, y mujeres delicadas y nobles que admiran a los ministros de la palabra, se atreviera alguien a decir quienes se dan, por deseo de vanagloria, a la predicación cristiana; más a los comienzos, cuando los doctores señaladamente corrían gran peligro, no había razonablemente lugar para tal sospecha.

Al igual que el historiador de la Iglesia Eusebio de Cesarea (*HE.* 3,37):

Efectivamente, muchos de los discípulos de entonces, heridos en sus almas por la palabra divina con un amor muy fuerte a la filosofía, primeramente cumplían el mandato salvador repartiendo entre los indigentes sus bienes, y luego emprendían viaje y realizaban obra de evangelistas, empeñando su honor en predicar a los que todavía no habían oído la palabra de la fe y en transmitir por escrito los divinos evangelios.

Estos hombres no hacían más que echar los fundamentos de la fe en algunos lugares extranjeros y establecer a otros como pastores, encargándoles el cultivo de los recién admitidos, y en seguida se trasladaban a otras regiones y a otras gentes con la gracia y la cooperación de Dios, puesto que por medio de ellos seguían realizándose aún entonces muchos y maravillosos poderes del Espíritu divino, de suerte que, desde la primera vez que los oían, muchedumbres enteras de hombres recibían en masa con ardor en sus almas la religión del Creador del universo.

El término «evangelista» se encuentra en los Hechos de los Apóstoles, en la Carta a los Efesios y en la Segunda carta a Timoteo; y más tardíamente en Tertuliano (*De praescr.* 4; *De cor.* 9). En los tiempos más antiguos no había distinción entre apóstoles y evangelistas. El segundo requisito de los apóstoles, según la *Didaché*, Orígenes y Eusebio, era la actividad misionera ininterrumpida. Estos misioneros peregrinos en la primera mitad del siglo II son llamados apóstoles. Su actividad duró todo el siglo II, según Orígenes y Eusebio, pero según el primero «ya no se les llamaba apóstoles».

Se ignora prácticamente todo acerca de la predicación misionera del siglo II. Tan sólo se sabe que Panteno predicó en la India. A comienzos del siglo III había pocos de estos misioneros. Los profetas se mantuvieron hasta el final del siglo II, y su decadencia quizá se debió a los excesos del profetismo entre los montanistas. La *Didaché* prueba que existían en su tiempo muchos falsos profetas. Un caso flagrante es Peregrino Proteo, cuya vida conocemos por Luciano de Samosata. Se afincaba en una comunidad o iba de un sitio a otro en compañía de cristianos, embaucando y estafando a los cristianos incautos.

Con los profetas se mezclaban fácilmente los charlatanes. Celso, hacia el año 177 (Orígenes, *Contra Cels.* 7,9.1) traza un cuadro muy vivo de esta gente sin escrúpulos que vivía a costa de los incautos, y que frecuentemente actuaron como parásitos aprovechando el modo de predicar en el cristianismo primitivo. Dice el texto aludido:

Mas ya que Celso promete explicar cómo se profetiza en Fenicia o Palestina, como cosa que él ha oído y puntualmente observado, consideremos también este punto. Empieza diciendo que «hay diversas clases de profecías», pero no las explica. Tampoco hubiera podido, pues se trata de una baladronada mentirosa. Veamos, pues, la que dice ser más cabal entre los hombres de aquella tierra. «Muchos son —dice—, esos profetas, gentes sin nombre, que con la mayor facilidad y por cualquier pretexto echan sus peroratas dentro o fuera de los templos. De ellos hay quienes andan mendigando y recorren las ciudades y se meten por los campamentos, movidos, dicen, a dar un oráculo. cualquiera de ellos tiene a mano su acostumbrado discurso: «Yo soy Dios (o Hijo de Dios o Espíritu divino). Heme aquí que he venido, pues el mundo está ya pereciendo y vosotros, ¡oh hombres!, perecéis por vuestras iniquidades. Yo os quiero salvar, y me veréis que otra vez retorno con poder celeste. Bienaventurado el que ahora me dé culto; mas, sobre todos los otros, ciudades y lugares, arrojare fuego eterno. Y los hombres que no saben sus propias penas, se arrepentirán y gemirán en vano; mas a los que me creyeren, los guardaré eternos.» Seguidamente dice: «Después de estas baladronadas, añaden una tiramira de palabras desconocidas, desatinadas y totalmente oscuras, cuyo sentido ningún hombre inteligente pudiera hallar, pues realmente nada significan; pero a cualquier insensato o charlatán le da la mejor ocasión de entenderlas como se le antoja.»

#### MUJERES PROFETISAS

Ya se ha indicado que las mujeres también podían profetizar, como las hijas de Filipo, a quienes escuchó Papías. En Asia profetizó una tal Ammia, que gozó de especial veneración a finales del siglo II (Eusebio, *HE*. 5,17). Tertuliano (*De anim.* 9) menciona una profetisa en la iglesia de Cartago

a la que se había concedido el carisma de la revelación. En la Iglesia durante el servicio divino del domingo estos carismas actuaban en ellas, mientras se encontraban en estado de éxtasis. Conversaba con los ángeles, a veces también con el Señor, veía y olía misterios, a algunos leía en el corazón, y sugería a los que le preguntaban remedios para la salud.

El triunfo del movimiento montanista en Frigia se debe en gran parte a las profetisas Maximila y Piscila. Después actuó en estas tierras una profetisa llamada Quintila, y otra en tiempos de Maximino Tracio en Capadocia.

#### DOCTORES

La Didaché los menciona dos veces como hombres con funciones especiales en la comunidad. Hacen en ella el mismo servicio que los profetas. Al igual que éstos, tienen derechos a ser mantenidos por la comunidad y gozaban de gran prestigio en ella. Tenían residencia fija y podían tener bienes. En los tiempos que escribe Hermas había doctores en Roma. Según este autor «habían recibido el Espíritu Santo».

La primera carta pseudo clementina (1,11) da una amplia información sobre los doctores. Existen todavía en esta época doctores y profetas: los primeros subordinados a los segundos. Pronto estallaron entre éstos graves desavenencias, ya que algunos no se dirigían a toda la comunidad sino a un grupo restringido, a una élite de gente

culta. A este respecto, A. Harnack consideró que el doctorado carismático asumió insensiblemente las características de una institución secundaria. Este proceso afectó igualmente a la constitución de los doctores. Era natural que aparecieran en el cristianismo escuelas semejantes a aquellas de filósofos griegos o romanos. Dichas escuelas podían integrarse en la comunidad, pero también podía darse el caso que degeneraran en una secta. La iglesia de los teodocianos viene descrita como una escuela. Marción también regentaba en Roma una escuela, y también Luciano todavía en el siglo II. Eran frecuentadas por paganos, como lo fueron las escuelas de Justino, de Taciano y la de Alejandría.

El apologeta Justino (que usaba el manto de filósofo) y su discípulo Taciano, regentaban escuelas. El primero la tuvo en Éfeso y en Roma. La del segundo degeneró en secta. El discípulo de Taciano, llamado Rodón, también estuvo al frente de una escuela, y los dos Teodotii de Roma dirigían una escuela sectaria. El doctor Prasseas difundía, a decir de Tertuliano, su doctrina en Asia, Roma y Cartago.

La escuela de más prestigio fue la de Alejandría. Los doctores se mantuvieron hasta finales del siglo III o comienzos del siglo siguiente.

En Roma en época de Marción, según afirmación de Hipólito de Roma, transmitida por Epifanio de Salamina, los doctores estaban junto a los presbíteros, sin pertenecer al colegio de estos últimos. En Egipto y principalmente en Alejandría la institución de los doctores se mantuvo junto a los obispos. Según Orígenes, que menciona frecuentemente a los doctores, constituían dentro de la Iglesia un orden especial paralelo al sacerdotal, al lado del obispo, de los presbíteros y de los diáconos. Los doctores eran laicos. La disputa de Orígenes con su inculco obispo Demetrio, que concluyó con la victoria de este último, planteó el problema si estaba permitido a un laico dirigirse a los fieles en presencia del obispo. Algunos obispos, como Alejandro y Teoctisto, admitían la antigua tradición. A lo largo del siglo III, los doctores quedaron fuera de la Iglesia en el servicio divino. A partir de la mitad del siglo III, la mayoría de los doctores formaban parte del clero. Una parte de ellos probablemente se fusionó con los lectores, oficio en origen carismático, que también explicaban los textos sagrados. Los tres últimos doctores (laicos) en el sentido antiguo son: en Larandos, Evelpides, en Iconio, Paulino, y en Sinada, Teodoro, quien con permiso de sus obispos dirigían la palabra a la comunidad (Eusebio, *HE.* 6,19). Los obispos no presidían ningún oficio o actividad que no estuviera controlada por ellos. Los catequistas acabaron con los doctores. La jerarquización eclesiástica terminó por imponer su ley.

Los doctores eran misioneros. La propagación del evangelio se dio, igualmente, en gran medida, al ejemplo de muchos cristianos, a los mártires y confesores, como afirma tajantemente Justino. También las mujeres desempeñaron un papel de relevancia, asunto que trataremos más adelante.

#### LA ORGANIZACIÓN ECLESIASTICA

A. Harnack ha valorado un texto de Teodoro de Mopsuestia, autor eclesiástico nacido en torno al año 350, que dice sobre el tema:

No se crea que el apóstol Pablo en el capítulo 3 de la Primera carta a Timoteo (donde se nombra solamente a obispos y diáconos) había olvidado a los presbíteros.

La omisión se explica por el hecho de que al principio los nombres de presbítero y de obispo se usaban indistintamente por personas que desempeñaban el mismo ministerio. Los que tenían la competencia de ordenar y que ahora llamamos obispos, en aquellos tiempos estaban al frente no de una sola Iglesia, sino de una entera provincia y llevan el nombre de apóstoles. Así Pablo entregó a Timoteo el gobierno de Asia y a Tito el de Creta. Otros fueron por él singularmente constituidos sobre otras provincias. Cada uno de estos debía cuidar de la entera provincia a él confiada, visitar todas las comunidades de dentro de la provincia, ordenar los clérigos para los servicios eclesiásticos, solucionar las mayores dificultades que se presentan, corregir y mejorar con la palabra, imponer a las más graves culpas un tratamiento saludable, todo lo que corresponde al que está encargado de la suprema vigilancia. En todas las ciudades se encuentran los que he llamado presbíteros, que atienden al gobierno local de las comunidades. Así, en estos primeros tiempos, los apóstoles hacían con una entera provincia lo que ahora hacen los obispos para una sola ciudad o para una sola circunscripción rural. Tal era la constitución eclesiástica, mas cuando la religión se propagó mucho, llenando de fieles no sólo las ciudades sino también los burgos y aldeas, habiendo muerto los bienaventurados apóstoles, los que fueron a continuación nombrados en la dirección suprema (de todas las provincias) no se mostraron iguales a los anteriores. No tuvieron poder de conformar la propia autoridad con el testimonio de carismas maravillosos, y bajo otros muchos aspectos parecieron inferiores. Por esta razón el nombre de apóstoles les fue muy pesado. Los restantes títulos los distribuyeron del siguiente modo: dejaron a los presbíteros este nombre y el nombre de obispo lo reservaron para los que tienen competencias ordinarias, de este modo a los obispos se les encomienda la alta dirección de todo. Esto sucedió primero porque la necesidad lo requería, y en segundo lugar también por la liberalidad de los disponibles. Al principio, cada provincia, tendría por norma, a lo sumo, tres obispos; así sucedió hasta hace poco en la mayoría de las provincias occidentales, y en alguna también hasta nuestros días. Con el tiempo hubo obispos, no sólo en las ciudades, sino en las localidades pequeñas, que a decir verdad no tenía necesidad del oficio episcopal.

El idéntico significado de obispo y presbítero pervive en el año 400. El párrafo reproducido es el único de que dispone el historiador para descubrir la más antigua organización de las iglesias cristianas y de explicar las transformaciones de la constitución eclesiástica.

Desde el principio hubo en la Iglesia —según Teodoro— un oficio monárquico que en origen era provincial, y apostólico. Cada comunidad era gobernada por obispos (presbíteros) y diáconos. Se introdujo un cambio a la muerte de los apóstoles, por dos razones, según Teodoro: por la mayor difusión del cristianismo, y por la inferioridad en que se encontraba la segunda generación de apóstoles, por lo que se dejó caer en desuso el nombre de apóstol.

Se transfirió a más personas de una misma provincia el poder monárquico de ordenar. Así, en una misma provincia hubo dos o tres obispos. Ésta fue la norma en la mayoría de las provincias occidentales hasta hace poco.

La organización creada por los apóstoles fue universalista y provincial. A. Harnack pone algunas objeciones a este texto. El episcopado monárquico y el sacerdocio no remontan a Jesús ni a la época apostólica. Ni hay huella de él en las cartas de Pablo, ni en la carta de Clemente Romano, ni en la *Didaché*. Aparece en las cartas de Ignacio de Antioquía, a comienzos del siglo II, que en la Carta a los Efesios considera al obispo centro de unidad, y que hay que mirar al obispo como al Señor. El obispo preside en lugar de Dios (cartas a los de Tralles, a los de Magnesia y a los de Éfeso).

Los obispos son elegidos por Dios y por Jesucristo. Todo depende del obispo (carta a los esmirniotas). Ignacio de Antioquía, en su carta a los fieles de Magnesia, menciona la jerarquía eclesiástica: al obispo, a los presbíteros y al diácono. Y en la carta a los de Tralles: al obispo, a los ancianos, que representan el senado de Dios, y al colegio de los apóstoles. Cuando en una cristiandad no había obispo monárquico, Ignacio se dirige a la comunidad de los fieles, como sucedía en Roma y en otros lugares.

El Nuevo Testamento conoce sólo el sacerdocio de todos los fieles. La ordenación sacerdotal está atestiguada en época de los Severos, en las obras de Hipólito de Roma, en la *Didascalia*, obra siria de la primera mitad del siglo III, y en la *Historia Augusta* en la vida de Severo Alejandro.

No es aceptable que estos obispos, en el sentido más amplio, hubieran recibido el mandato de los apóstoles de Jesús o de Pablo. A. Harnack opina que ello se debe a la tendencia, falsa, de atribuir todos los logros e instituciones a los apóstoles. La suposición que al frente de cada provincia estuviera un apóstol, superintendente, carece de fundamento seguro, y está en contradicción con todo lo que se conoce de la naturaleza exclusiva del oficio apostólico. No se puede demostrar que la ordenación fuera competencia exclusiva del episcopado.

Al parecer, Teodoro de Mopsuestia recogió opiniones dominantes en su época e hipótesis peligrosas. Su fuente ha sido el concepto tradicional de la posición eclesiástica de Timoteo, de Tito y de Clemente de Alejandría. Igualar apóstoles a obispos provinciales es una invención de Teodoro, que está, sin embargo, en lo cierto cuando afirma que para orientarse sobre los orígenes de la organización eclesiástica, el punto principal son los apóstoles y su obra misionera. Teodoro no admite —y ello es una novedad— ninguna autonomía de poderes locales, lo que está en contradicción con el Nuevo Testamento y con los documentos más antiguos. La autoridad eclesiástica local procedería de la decisión de los apóstoles, en la segunda generación, de transferir a otros voluntariamente sus competencias. Esta teoría de Teodoro de Mopsuestia sobre el episcopado monárquico local no encuentra apoyo en ningún documento. Tampoco indica allí quiénes fueron los apóstoles que abdicaron y transfirieron sus poderes, ni la época cuando tal transacción se llevó a cabo.

A pesar de estas deficiencias del texto de Teodoro de Mopsuestia, algunas cuestiones planteadas son relevantes: sí había obispos territoriales en los tiempos más antiguos, y que esta institución era más antigua que el episcopado local de cada comunidad.

¿La dignidad del metropolitano que se afianza en la segunda mitad del siglo II es de origen más antiguo, y quizá no es otra cosa que la continuación de un oficio monárquico provincial preexistente? Estas preguntas son importantes para la historia del cristianismo.

La autonomía de la comunidad está atestiguada desde la actuación de Pablo. En el periodo primitivo las comunidades eran, por lo general, gobernadas colegiadamente por obispos y diáconos. Estos últimos son mencionados en la Primera carta a Timoteo.

El oficio de los diáconos consistía en la asistencia a los fieles y a los enfermos. Era un oficio peligroso, principalmente en épocas de persecuciones. Una leyenda de la época de Decio cuenta que habiendo obligado el Estado al diácono Lorenzo a entregar los tesoros de su iglesia, éste enseñó a los pobres como único tesoro y patrimonio. Tertuliano descubre a los diáconos distribuyendo las limosnas obtenidas y llevando las colectas a las casas de los necesitados. En Egipto, en la segunda mitad del siglo III, se documentan comunidades cristianas regidas por presbíteros y diáconos.

En la Carta a los Romanos, Pablo menciona a la diaconisa Febe. Plinio el Joven, en su carta a Trajano también la cita. Tertuliano (*De praescr.* 3) jerarquiza la comunidad en «obispo, diácono, viudas, vírgenes, doctores y mártires». En las cartas pastorales de Pablo se presupone la existencia de las viudas como institución eclesiástica.

LA MUJER CRISTIANA EN LOS SIGLOS II-III

Las mujeres cristianas desempeñaron un papel importante en la propagación de las sectas heréticas en el siglo II.

Así Tertuliano protesta, hacia el año 200, porque las mujeres de los herejes enseñan, participan en las discusiones, exorcizan, curan e incluso bautizan, lo que indica que actuaban como obispos. Ireneo afirma que las mujeres se sentían especialmente atraídas por los grupos heréticos, como sucedió con Marco, maestro gnóstico que captó a muchas, incluso a la esposa de uno de los diáconos de su comunidad. La causa era, según el obispo de Lyon, que Marco era un seductor inteligente, un mago que preparaba afrodisíacos para «engañar, hacer víctimas y destruir así a su presa». Marco se dirigía a las mujeres con palabras seductoras, y las mandaba profetizar, en una época en que estas prácticas (para las mujeres) estaban ya prohibidas por la Iglesia. Marco invitaba a las mujeres a celebrar la eucaristía. Tertuliano ataca en particular a Quintila de Cartago, que arrastró a muchos fieles proponiéndoles abolir el bautismo. El fogoso apologista africano, antes del año 207, menciona los preceptos de disciplina eclesiástica concernientes a las mujeres: «No está permitido que una mujer hable en la Iglesia, ni le está permitido enseñar, ni bautizar, ni ofrecer la eucaristía, ni reclamar para sí una participación en alguna función masculina [...] por no mencionar ningún cargo sacerdotal». Marción había escandalizado a todo el mundo al colocar a las mujeres en un plano igualitario respecto a los hombres para los cargos de sacerdote u obispo.

Marcelina, maestra gnóstica, de los carpocracianos, se fue a Roma. Aseguraba haber recibido enseñanzas secretas de María, de Salomé y de Marta. Dos mujeres, Prisca y Maximila, desempeñan un papel importante en la predicación de Montano. Los gnósticos valentinianos consideraban a las mujeres igual que a los varones. Se veneraba a algunas como profetisas. Otras eran maestras, evangelistas ambulantes, curanderas, o sacerdotisas. En tres grupos heréticos, los marcionitas, los montanistas y los carpocracianos, las mujeres desempeñaron cargos directivos. A partir del año 200 no hay pruebas de que en la Iglesia las mujeres desempeñaran puestos sacerdotales, proféticos o episcopales.

Estos grupos estaban en la línea de Pablo en su Carta a los Gálatas, que afirma que «en Cristo no hay hombre, ni mujer», dicho que se suele considerar propio de la tradición pre-paulina. Ante Dios todo el mundo es igual. Las mujeres se vinculan fácilmente a grupos situados al margen de la gran Iglesia. Posiblemente la razón hay que buscarla en que sólo ellos, los varones, podían ejercer todo tipo de cargos. La disposición de Calixto, obispo de Roma del año 217 al 223, legalizando los matrimonios de mujeres cristianas de la alta sociedad romana con sus esclavos, presupone que

el cristianismo había impregnado las capas altas. Otro tanto se deduce de las confiscaciones de bienes realizadas por los emperadores Valeriano y Galieno.

Sin embargo, las damas cristianas tuvieron una gran influencia en la Iglesia. Porfirio, hacia el año 300, habla de un senado femenino que dominaba la Iglesia. Lo mismo afirma el emperador Juliano años después. Estas opiniones están corroboradas por Jerónimo, al recoger la acusación de que las mujeres regentaban las comunidades cristianas, y que ellas eran las que decidían quienes podían acceder a la dignidad sacerdotal. Debía tratarse de damas de la aristocracia cristiana, grandes limosneras y, por lo tanto, con gran poder de decisión.

#### EL VESTIDO DE LAS MUJERES

Tertuliano, en su tratado sobre el vestido de las mujeres, exhorta a éstas a que no se vistan según la moda pagana. Opina que los adornos y cosméticos proceden del diablo. Para él, el vestido es ambición y el maquillaje prostitución. Condena el uso de todo tipo de alhajas, de oro, plata, perlas, y piedras preciosas. Teñir los vestidos era considerado una ofensa a la naturaleza. Censura los adornos desmesurados del cuello y de las orejas. Prohíbe también que las mujeres se ungieran la piel con ungüentos, se colorearan las mejillas y se pintaran de negro los ojos. Estas recomendaciones no se debieron cumplir. A las vírgenes les prescribe el uso del velo.

#### VIDA DE LA MUJER CRISTIANA

Tertuliano describe, entre los años 200-206, la vida de una mujer cristiana casada con un pagano: cumplir el ayuno los días prescritos, salir de casa, andar por la calle, y visitar a los forasteros, precisamente a los más pobres; visitar a los hermanos, asistir a las reuniones nocturnas, pasar toda la noche fuera de casa durante la fiesta de Pascua, asistir a la eucaristía, visitar las cárceles para besar las cadenas de los mártires, besar a los hermanos, llevar agua para lavar los pies de los santos, hospedar a un hermano forastero, darle alimento, hacer sobre la cama un signo de la cruz, conjurar una impureza, levantarse de noche a orar. La vida cotidiana de la mujer debe ser profesión de fe cristiana y una misión.

